

EL *SPARRING*.

SEUDÓNIMO: SETARCOS.

I CONCURSO DE RELATOS CORTOS NEGRO-CRIMINALES.

TÍTULO: **EL *SPARRING***.

SEUDÓNIMO: **SETARCOS**.

EL SPARRING.

Zumba el sonido de mil abejorros... se acerca con corriente la muerte: qué injusticia. Ojala nadie añadiera a la Pena, el complemento del nombre "de Muerte".

Setarcos.

EL SPARRING.**PRIMERA PARTE.**

El campeón, el Gran Joel Cimermam, cayó muerto durante el segundo *round* en la lona del cuadrilátero, asesinado. Su cabeza rebotó dos veces en la lona entre un firmamento de flotantes y minúsculas gotitas de agua, y... su luminosa protección dental salió disparada como una exhalación estampándose contra el acolchado rincón. El aspirante al título mundial quedó atónito; sabía que apenas había podido sacar el guante y que durante los cuatro minutos de contienda sólo pudo conectar en su adversario una vez: un débil *crochet* de derecha más propio de un Peso Pluma que de un Peso Pesado. Aquellos cuatro minutos, para Kraus, el aspirante alemán, habían sido el Infierno de un supuesto Dante teutónico. Sus guantes y sus brazos pretendían ser una muralla defensiva, pero quebraba por todas partes como el Muro de Berlín ante la pesada esfera de demolición que ocurriría muchos años después. Los moratones poblaban ya su rostro contrito. Los contundentes *directos* parecían salir de una máquina automática de matar. Frente a la lluvia incesante de golpes encendidos pasó por su cabeza -infinidad de veces- que su *manager* podía haber tirado la toalla para evitar un K.O. inédito que untara su brillante proyección y luego ya inventarían un pretexto más digno. Sin embargo, el *invulnerable* hasta entonces, campeón de color, el Gran Joel Cimermam, había sido derribado

como un fardo por la brisa de una pluma, por el mordisco invisible de un áspid...

Los alaridos de un público efervescente y descreído colmaron la pirámide de luz sobre el cuadrilátero del Madison Square Garden con las palabras: <<i>TONGO, TONGO!...>> El juez principal, incrédulo ante la evidencia, dudó unas décimas de segundo con el ceño fruncido por la sorpresa, hincó una rodilla en la lona y contó hasta ocho alzando y bajando el brazo como si fuera una rígida palanca que quiere bombear agua de una fuente seca, antes de asumir que el campeón de color, había muerto en el *ring*. El juez principal levantó velozmente el musculoso brazo del nuevo campeón cumpliendo con urgencia el ritual protocolario... y con ostentosos ademanes hacia una luz que le enceguecía, suplicaba una ayuda que jamás podría llegar de los médicos de un estadio incapacitados para la resurrección. El aspirante alemán se marchó renqueante al rincón no dando crédito a lo que había sucedido, con la nariz rota y sangrante, con una brecha abierta en el pómulo, tragándose dos dientes, con niebla en la mirada... pero jactándose apócrifamente de que cierto tipo de milagros existían.

Los forenses, veinticuatro horas después, determinaron en la autopsia que el Gran Joel Cimermam había sido envenenado. Fue condenado a beber

cicuta como también lo hizo el gran filósofo griego Sócrates. La cicuta se había deshecho en su lengua, se había expandido por la cúpula del paladar, se había filtrado en su saliva... le hizo perder inexorablemente el campeonato mundial y, por supuesto, lo más importante, la vida.

Mis investigaciones indiciarias apuntaban con el índice enhiesto al Promotor, un tal Richy, una auténtica pieza de museo. Pero la verdad es que mis sospechas fueron infundadas, estaba sin mácula, era un hombre capaz de todas las irregularidades del mundo, menos una, asesinar. Mi ayudante, el Sargento Brunelleschi, implicó en primeras instancias al que más podía ganar en todo este escabroso *affaire*:

-«Comisario Marcelo..., Kraus, el aspirante, es el que sale más beneficiado de la muerte del campeón de color -me dijo palpándose el mentón, como si hubiera hecho un ingente esfuerzo para llegar a esa sentencia.»»

-«¿Beneficiado? ¿Acaso no sabes que el título mundial ha quedado vacante hasta que no se esclarezcan los hechos? -vi que en los pómulos de melocotón con pelusilla del Sargento Brunelleschi amanecía el rojo y el bermellón -a hebras-; era consciente de su vergüenza, analfabetismo e ignorancia en las reglas de las doce lianas que marcaba la selvática Federación Mundial de Boxeo.»»

-«Comisario Marcelo... estamos entonces en tabula rasa, ¿no? -quiso recomponer su prestigio resquebrajado utilizando aquel latinajo que en sus labios quemaba como el ácido.»

Mis pesquisas -como decía-, caminaron por otros barrios, derroteros, aledaños: una zona industrial. Me fui a la antigua fábrica de maniqués (inhabilitada para aquellos quehaceres desde hacía muchos años) transformada en el lugar de entrenamiento del Gran Joel Cimermam. El Sargento Brunelleschi me seguía como una sombra pegajosa sin entender nada. Aquéllo era un hervidero, un hormiguero, una colmena. Más de tres docenas de boxeadores amateurs entrenaban queriendo abrirse camino con los puños..., corriendo la cortina de sus miserias para que entrara la claridad del triunfo; sus torsos luminosos brillaban por el sudor y el esfuerzo ante la mirada atenta del *Manager General* Rovert, y... de unos focos abrasadores. También había algunos profesionales que discutían con un Gerente tan demacrado como deslavazado -su corbata mal anudada, los picos de la camisa retorcidos... -. Discernían sobre nuevos contratos más ventajosos. La atmósfera de aquella zona de entrenamiento supuraba chispas de fuego: los había que saltaban a la comba fustigando con la cuerda sistemáticamente el parquet; otros, enfurecidos, ensañados, golpeaban sacos terreros, como si éstos hubieran ofendido a sus respectivas madres; los había que levantaban

pesas frunciendo el ceño; los había luchando tenazmente con abdominales que marcaban unas tabletas perfectas, en el dorso, sin un ápice de grasa; algunos, en las espaldas, se doblaban de sufrimiento («Para ganar hay que sufrir»), rezaba un rótulo a tinta sobre las varadas maderas). Sobre el *ring*, vivarachos, dos Pesos Mosca hacían *guantes*. Me acerqué sin vacilar al *Manager General* Rovert, entrenador del fallecido campeón de color.

-«¿Sabe quién ha podido asesinar al gran Joel Cimermam? -antes de que me pudiera contestar, puse apellido con una segunda pregunta:- ¿Sospecha de la Mafia?»

A pesar de su rostro agreste -poblado de cráteres como de viruela-, me contestó con amabilidad, su voz estaba herida por una emoción no del todo fingida. Sospechaba de todo el mundo. Cómo no iba a sospechar de la Mafia (de la americana, de la siciliana, de la china...) El *Manager General* Rovert acababa de perder a una mina de oro negro. Es cierto que era un filón, pero lo más importante: era su amigo. Me explicó no creía que ninguna mafia estuviera implicada, que no creía que los corredores de apuestas estuvieran en el meollo, me explicó -desviándose de mi pregunta-, con todo lujo de detalles, que el Campeón Mundial no estaba *sonado* como decían los que no lo conocían, «... esos ignorantes de la prensa que sólo derraman tinta sobre un estercolero de papel». La verdad, me gustó que me mirara a los ojos mientras me hablaba. Continuó, con un asomo de lágrimas que

fluctuaban por la costura de sus ojos chiquititos: «Era una máquina de matar, sí, un hombrón, sí, de mirada fría, sí, azul, sí, metálica, sí, inmarcesible, sí, mas sabía controlar su fuerza y..., tenía una ternura y una mansedumbre fuera del cuadrilátero con todo el mundo y..., especialmente con su hija de tres años, que muchos fanáticos religiosos quisieran para ellos mismos, la ternura y la mansedumbre, claro». Me contó la amistad que había adquirido con el *Sparring* (señaló innecesariamente al *ring*).

Nos quedamos un rato en silencio mirando boxear al *Sparring*, nuestro protagonista. Nos mantuvimos obnubilados. Tenía clase; ¡vaya que sí la tenía! Sus movimientos de pies eran ágiles y desenvueltos, como el baile sincronizado de un ángel fornido en la danza del fuego. Sus piernas parecían prietas, potentes; pretendían ocultar cables de acero: nervios puros de fundición. Portaba un calzón blanco -hecho de viento suave- que le lamía las rodillas. El dorso y el torso -cara y cruz- brillaban como una joven moneda de bronce bajo una lluvia de fino sudor plateado, una lluvia de alfileres. Sus brazos musculosos y brillantes, plegados, surgían como un muelle de una caja de sorpresas, imponían la inexorable y no menos discutible ley de la fuerza en la parcial batalla de los "tres minutos". El contrincante talmúdico, un imberbe con calzón de colorines, era un arlequín con aromas de títere que intentaba sobreponerse con dificultad a cada mazazo, potente, implacable,

de hierro colado. En el rostro del *Sparring* se podía leer la edad: apenas alcanzaba los veintiocho años; también se podía leer su fiereza. Sin espacio a la duda..., podía ser una promesa, un *Proyecto de Futuro*, como reza algún *slogan* político que ronda entre la marabunta de carteles que adornan las paredes desconchadas de aquel complejo deportivo. Una miscelánea de golpes brutales dejó al contrincante tumbado sobre la lona con una anarquía de sensaciones diversas, todas desordenadas, todas dolorosas...

-«Tenéis un crack.»»

-«Con la energía que le sobra al *Sparring* podríamos hacer un *cracking*, combustible para motores -bromeó el *Manager General* alzando la voz, no sin cierto recelo. Se veía a cien leguas que era una broma forzada.»»

Dejamos al boxeador talmúdico mordiendo el polvo, abandonado a su *suerte*, ya echada por los designios pertinaces de mantenerse en una profesión para la que no tenía ni la bravura ni el estilo ni el carácter. Caminamos primero por un angosto pasillo alargado en la monotonía, con unos intermitentes pilotos de emergencia sobre el techo que daban una luz amarillenta, rancia. Doblamos hacia la derecha...

-Detective Comisario Marcelo..., le confesaré una cosa: el *Sparring*, con toda la proyección que tiene... jamás podría vencer al más Grande, ni aunque supuestamente pudiera combatir contra su espectro. Quizá dentro de cinco o seis años... pueda estar preparado.

Después, Rovert nos invitó al Sargento Brunelleschi y a mí a conocer el vestuario de Joel Cimermam. El Sargento Brunelleschi torcía el rictus -de desprecio- hacia aquel conjunto ineluctable de hombres infatigables tirados por caballos de fuerza, caballos que a los que se les hacían comer avena y miel. Para llegar al vestuario del asesinado campeón de color pasamos después por otro túnel tenebroso iluminado esta vez con pequeñas lámparas de petróleo. Aquel entramado de pasadizos parecía un inextricable y tortuoso laberinto en el cual había un ejército de maniqués inquietantes, reductos de la antigua fábrica. Una vez en el vestuario del fallecido... el chorro implacable de luz blanca, arrasadora y diáfana del fosforescente, nos hizo parpadear a los tres, como si estuviéramos en el submundo.

-«Joe rezaba antes de los combates -indicó una virgencita que presidía un anaquel oblicuo. El *Manager General* le llamaba *Joe* amistosamente, cercenando con el hacha de su lengua, voluntariamente, la "ele". En las costuras de sus ojos había unas lágrimas negras, de luto, que no acababan de caer-. Como observáis tenía sauna, camilla de masajes... de todo.»

El Sargento Brunelleschi asintió con la cabeza como si los datos que ofrecía el *Manager General* fueran vitales para la investigación. El vestuario estaba alicatado -suelo, paredes y techumbre- con baldosas blancas, nucleares, que daban irremisiblemente al gran espacio una sensación

aséptica de quirófano tercermundista. Cuando mis ojos se adaptaron torpemente a la luz, divisé un maniquí con un calzón granate que tapaba supuestamente unos atributos ausentes...

-<<Los fenómenos tienen sus manías... -me advirtió Rovert-. Si piensan que un maniquí les da suerte... pues, hay que mantenerle el deleznable capricho..., en realidad, era su veleidad más conspicua, ya ve... tampoco pedía vedettes de carne y hueso que le doraran la píldora antes de los combates.>>

Sobre una de las paredes embaldosadas, fría como la nieve, pendía un póster de *Muhammad Alí* (Cassius Marcellus Clay) en sus buenos tiempos, obviamente, antes de la terrible enfermedad del Parkinson. Al lado de la virgencita -escultura de alabastro- había una fotografía -enmarcada en plata- de su preciosa hija de 3 años... morena como el chocolate con leche.

-<<He visto que miraba con recato al *Sparring*... -le espeté sin remilgos al *Manager General*.>>

-<<No sé si fiarme de él. Se ganó la amistad de *Joe* de manera muy artificial. Es una conjetura, Comisario Marcelo, pero se lo llevaba a todas partes, comían juntos, rezaban juntos, no sé... aunque tengo dudas, pienso que la ambición de poder que conserva el *Sparring* tiene límites...>>

-<<Insinúa por casualidad que puede ser el homicida -intervino el Sargento Brunelleschi con una libretita en la mano, ridícula.>>

-«Fue nombrado por el mismo Cimermam su *Sparring* Oficial, para que le ayudara en sus entrenamientos. Cuando lo conoció -en la sala de espera de un Musical en *Broadway*-, inmediatamente quedó cautivado, como si ese joven tuviera imán o viera en él, premonitoriamente, a su sucesor. Empezaron a salir juntos hasta por las noches, aunque con esto no quiero insinuar que fueran amantes, Cimermam era un mujeriego. El campeón trocó sus costumbres entre ellas, las de la prudencia y discreción. El *Sparring* lo entretenía con su oratoria fácil y con su deslumbrante personalidad. Y lo peor de todo... lo estaba distraendo, en una retorcida maniobra persuasiva, de lo esencial, el Campeonato del Mundo; algo secundario, pero no menos cierto: lo estaba separando de mí, su entrenador de toda la vida; pienso que lo hacía concienzudamente -en este punto se vislumbraron unos celos sinceros-. Tanta *naturalidad* me hizo sospechar indefectiblemente de su persona. Cuando llegó la hora del enfrentamiento con Kraus, el aspirante alemán, Cimermam me pidió que el *Sparring* estuviera en su rincón, para dejarse también asesorar por él. No pude negarme, los dioses idolatrados juegan con esa ventaja, sus deseos son órdenes para los entrenadores. Recuerdo que después del primer asalto con el débil *Muro de Berlín*, fue precisamente el *Sparring* el que escanció y escurrió la madrepora esponjosa impregnada de *agua* sobre el rostro del mismísimo campeón...

Cuando salimos de la antigua fábrica de maniqués, el Sargento Brunelleschi me advirtió que las palabras de Rovert estaban mojadas por la espuma de la envidia y que aquel hombre no se resignaba a la pérdida de su filón, a la pérdida de un manantial de oro de veinticuatro quilates. Mi opinión contrastaba radicalmente con la suya. En mi mano derecha portaba una bolsa con una prueba que podría ser crucial: la esponja.

En los laboratorios descubrieron que en la madrepora había restos de cicuta. Las imágenes grabadas en televisión demostraban con meridiana claridad que el *Sparring* ofreció una envenenada bebida de muerte.

El *Sparring* fue condenado a morir en la silla eléctrica por los Tribunales de Justicia americanos. Así es la eficacia en este Estado...

EL SPARRING.**SEGUNDA PARTE.**

Pasaron diez años cuando el caso volvió a mi memoria resurgiendo de las cenizas del olvido. Durante este tiempo, las grandes veladas de boxeo se habían acabado para mí; incluso..., sabía que el campeón mundial actual se llamaba Leonard Lewis por las reseñas deportivas del *New York Times*...; eso sí, recordaba de vez en cuando, con nostalgia, a Joe Louis, el *Bombardero de Detroit*, a Max Baer, el *Clown de Oro*, a Archie Moore, el *Patriarca Archie*, a Cleveland *Big Cat* Williams, y... poco más. Y ahora, el antiguo caso... surcaba contracorriente el agua tormentosa de la tesitura por la rabiosa actualidad: se iba a ejecutar la condena contra el *Sparring*. No sé el porqué, pero recordé un proverbio alemán -recordé por eso de las inercias, quizá, a aquel boxeador... el *Muro de Berlín*- que decía algo así como "Sólo los peces muertos siguen la corriente" El *Sparring* ya había cumplido los treinta y ocho años, había sido trasladado de una cárcel a otra por un rosario de Estados Norteamericanos. El Gobernador de Tennessee tenía en sus manos conmutar la sentencia de muerte por una de cadena perpetua. A las 23 horas daría su veredicto irrevocable... 24 horas después podía ser ejecutado.

Me pasé todo el día con la conciencia mordida. Deambulé de aquí para allá consternado. Cuánto envejece uno en diez años... mucho más que el tiempo cronológico... Tuve un instante para el Sargento Brunelleschi que había sido relegado de ser mi ayudante a vigilar que no entraran armas en los Institutos; pobre Sargento. Volví al pasado. Recordé, una y otra vez, segundo a segundo, aquellos cuatro minutos de combate entre el campeón Joel Cimerman y Kraus, el aspirante. El remordimiento me punzaba... En la noche última, en la noche íntima, en la noche crucial... me acosté temprano. No quería pensar más. No quería darle vueltas y vueltas como un remolino de agua. Me retorció en el lecho bañado en sudor, mojado por la pesadumbre que supone poder haberse equivocado. Intuitivamente me levanté de la cama, me vestí sin remilgos y empujado por una fuerza misteriosa me encaminé hacia la antigua fábrica de maniqués. Los rayos blancos de una luna de postal me iluminaban el camino, me abrían la perspectiva del sendero como si fuese un abanico. Notaba que mi cuerpo zozobraba en la tensión. La añeja fábrica de maniqués, luego antiguo complejo deportivo y al final pasto de la ruina, estaba abandonada a la desidia. Caminé alzando los pies entre la desolación, los livianos matojos secos y los ladrillos agrietados de aquel extraño campo de exterminio de promesas. Observé los restos del cuadrilátero plagados de telarañas, sacos de golpear abiertos como una herida de arena, algún guante rajado, algún calzón deshilachado... El haz de

luz que salía de mi linterna me abría el camino por aquel túnel y laberinto hecho cenizas. El ejército de maniqués destartados parecían los inmóviles espectadores macabros de un drama de Willian Shakespeare. Unos pocos amputados de brazos y piernas, otros pocos degollados, otros... intactos. Llegué al demolido vestuario del envenenado Joel Cimermam. Observé los ojos fijos de *Muhammad Alí* (El *Loco de Lousville*, con su Parkinson retenido, quizá me advertía del peligro, de la verdad de los hechos...) asomando empolvados entre dos ladrillos filosos, la virgencita de alabastro tumbada y desportillada entre un amasijo de herrumbre, cristales, sillas rotas, espalderas hechas lanzas, el retrato de la hijita morena -del excampeón de color- como el chocolate con leche, aplastado por una henchida piedra calcárea... ahora ella ya sería una adolescente, seguramente hermosa como el azabache al sol. Con mi peculiar oído de sabueso escuché nítidamente una respiración fatigosa a mis espaldas. El haz de luz de la linterna se estrelló contra el maniquí con calzón granate, amuleto de Cimerman, talismán del excampeón, su veleidad más disparatada, como ya he dicho. Vi claramente, en una décima de segundo, que aquella estatua plastificada abría y cerraba unos ojos aparentemente neutros. Me froté los ojos para disipar la alucinación. Me acerqué al maniquí y le toqué el corazón para asegurarme que no tenía vida. Me reí de mí mismo por lo estúpido que había sido. Me había acercado tanto al maniquí que por un momento creí sentir que sí tenía

atributos bajo el calzón brillante. Metí mis dedos en un diminuto bolsillo del calzón. Allí estaba la luminosa protección dental de Joel Cimermam (otra de sus manías era marcar sus iniciales *J.C.* en el *protector* de su orgullosa y uniforme hilera de dientes). La coloqué sigilosamente con unas pinzas metálicas en una bolsita de plástico para llevarla al laboratorio, aunque no hacía falta porque sabía detectar a un metro y medio... el desagradable e imperecedero olor de la cicuta. Me tomarían por un loco si acusaba a un... **MANIQUÍ.** Salí cariacontecido de la fábrica en ruinas, espantado como un abejorro frente al velo de humo del realismo mágico, con una hemorragia de pudor en la frente por un pensamiento aparentemente tan descabellado. Creí escuchar risas sibilinas a mi espalda, de una secta, pero mis oídos las ignoraron. Creí ver a aquel grupo de estatuas mover los labios, murmurar, bisbisear, musitar, pero tenía que ser un espejismo. Creí ver a algunas parejas de aquéllas amándose en una orgía irreverente, mas mis ojos perplejos no daban pábulo ni se entretenían en voltear la mirada, aunque fuera de soslayo, a aquel pueblo de maniqués del terror que hacían vida propia. En algún otro lugar de Tennessee... la corriente eléctrica circulaba como un enjambre de abejas luminosas, abiertamente, a sus anchas, a su libre albedrío, por el cuerpo del inocente *Sparring*, sin un atisbo de conmiseración, de piedad.